

# el naufragio de la medusa

Hugo Diego Blanco



El libro no es un descubrimiento memorable, ni un resumen de los viajes de exploración y de conquista. Es algo menos ruidoso; un conjunto de letras con las que hemos formado el universo de las palabras, de esas palabras que son el margen de un río creado por el tiempo. En sus fragmentos se confunden capítulos de la historia profana y la literatura sagrada,

trazos de la geografía fantástica y los rostros aligerados de las múltiples creencias. Las palabras son la historia y la historia de las palabras incluye un poema y una enciclopedia, un monosílabo y un diccionario. Leyendo el libro se sabe que los viajes transatlánticos han sido el día y los naufragios la noche. Un naufragio es un viaje pervertido por las tormentas y la conspiración del viento. Un naufragio es un libro escrito sobre hojas de agua en un idioma violento e incom-

preensible. Muchas de las imágenes míticas del mar tienen que ver con las furiosas embestidas de Neptuno contra hombres y embarcaciones. Los gritos de los náufragos forman el coro de las sirenas y los poetas. Sabemos que Homero no se hundió al escribir la *Odisea* gracias a las decididas navegaciones de Ulises. "El océano carece de compasión, de fe, de ley y memoria", confesó un hombre que amaba el mar, y otro apasionado no se quedó callado: "La tierra puede ser cruel pero el mar no tiene corazón".



Jean Louis Théodore Géricault.  
*El naufragio de La Medusa* (detalle).

Los naufragios han producido, además de muchas muertes y atrocidades, una enorme cantidad de libros y poemas. Al hablar de las historias trágico-marítimas estoy recordando un sentimiento que naufragó en las novelas de viajes y aventuras y que sobrevive en las crónicas de aquellos hombres que convirtieron su vida en una embarcación oscura y entrañable.

En la historia de la pintura también podemos reconocer imágenes del peligro que ha perseguido a los navegantes. En 1819, Théodore Géricault inquietó el ánimo de algunos franceses al exponer *El naufragio de La Medusa*. Esta obra ha sido considerada como una luz en la galería romántica de la pintura francesa. Un cielo que en otro sitio podría ser sereno aparece como un severo juez que dictamina cruelmente. Un mar furioso y unas olas tan grandes como la Torre de Babel rodean a una isla humana asida a una balsa tan pequeña e inevitable como la existencia. Unos hombres desesperados, otros agitando su angustia. Unos más yacen desnudos junto al melancólico a quien le importa más la muerte que la vida. La obra de Géricault es un eslabón artístico más del ancla de un naufragio auténtico que sucedió frente a las costas de Senegal en 1816.

En 1818, A. Corread y H. Savigny acapararon la atención de la opinión pública parisina al publicar la historia documental del naufragio de la fragata del gobierno francés llamada La Medusa y que iba bajo el mando del conde de Chaumeraix,

un oficial de la armada inactivo durante veinticinco años. En la fragata viajaban doscientos cuarenta hombres de los cuales sobrevivieron quince. El hambre, la sed y el canibalismo se enseñorearon de la tripulación. Se dice que Géricault alquiló un estudio frente al hospital Beaujon para poder observar cuerpos de moribundos y cadáveres.

Podemos decir que la historia de los naufragios es oceánica, así como la voluntad de quienes pudieron sobrevivir al escribir sus memorias. Uno de esos casos es el del jesuita portugués Armando Pinto, quien salió de Filipinas rumbo a Macao en 1625. La galeota en que viajaba naufragó y ese accidente le costó un año de cautiverio y la posibilidad de encontrarse con una cultura que, a pesar del maltrato que le asestaron, provocó en él un vivo interés por el Imperio Celeste. Como un etnólogo consumado, pero también como un escritor irónico, Armando Pinto relata las tribulaciones de un jesuita en China. El padre portugués observó que los chinos guardaban los cabellos recogidos en el peine para venderlos. Con ellos hacían pinceles finos. También supo que los orientales comían carne de perro con más estimación que la de la vaca "al modo que ponen la cabecilla del perro en un plato en público a donde éste se vende". Pero no todos los naufragios encallan en la muerte y el cautiverio. Algunos nos han conducido, como a Robinson Crusoe, a una soledad más plena que observa el amanecer desde la isla de la literatura.

